

# EL SAN PEDRO CLAVER, UN HOSPITAL BENEFICO QUE DESAPARECE

Cuarenta mil pesetas donadas gentilmente por un sacerdote belga constituyeron la primera piedra, en 1951, sobre la que se levantaría el Hospital de San Pedro Claver, de la Compañía de Jesús. Eran los tiempos triunfales del Congreso Eucarístico Internacional, cuando miles de personas congregadas en la plaza de Pío XII, se emocionaban ante la consagración eucarística del cardenal Tedeschini, y los servicios de la Cruz Roja y del Orden Público se las veían para trasladar hasta la ambulancia a los creyentes con hipertensión emocional.

Y se levantó el hospital gracias al empuje de un hombre —un santo, aseguran los que le conocieron—: el padre Artigas. Una parroquia, San Pedro Claver, y un catecismo dominical para los niños de las barracas de Montjuïc. El padre Artigas lo sabía muy bien. Ni parroquia, ni catecismo. Esto vendría después. Algo más importante, más urgente: un colegio y un hospital. Y cuando el obispo Modrego —el del sabatino rosario radiado concluido en su catalán «Bona nit i fins dissabte que ve, el Déu vol»— fue a inaugurarlo no había más que una barraca, una mesa de operaciones, unas tijeras, algodón, esparadrapo y mecrolina.

—Padre Artigas, ¿qué debo inaugurar?  
—preguntó el obispo mirando a su alrededor.

—Lo que vendrá —contestó el padre Artigas con una fe de aquellas que mueven montañas.

## «EL MIL POR UNO»

Y las movió. Puso todo el empeño en su proyecto colegial y hospitalario. Aquello supuso una revolución en la práctica apostólico-humanitaria de las congregaciones religiosas y de seglares. El padre Artigas, —un santo según los que le conocieron—, había dado en el clavo. Se empeñó él, y empeñó los ahorros de algún amigo que en aquella época ya disponía de ellos y que ayer nos diría con emoción: «Dicen que Dios devuelve al ciento por uno. Le aseguro que a mí me ha devuelto el mil por uno». Encontró cinco monjas caritativas que se ofrecieron a ayudarlo en el hospital. Y no tardó en disponer de una plantilla de médicos que con el recurso de la beneficencia dispusieron de un hospital para hacer su medicina en tres horas semanales. El proyecto del entusiasta jesuita en vió culminado en 1954, con la campaña de Radio Nacional y los entonces populares Dalmau y Viñas. Un segundo piso, un quirófano y varios servicios más. Y junto al hospital, el colegio. Y la parroquia, y la catequesis dominical después. Un centro benéfico para los gitanos y baraquistas de Montjuïc. Y un grupo de señoras de la partí alta de Barcelona, con sus flamantes vestidos de enfermeras, descendían a diario hasta la calle Vila Vilá, tras el Paralelo, cuando el Paralelo todavía tenía algo de Paralelo, sin cobrar un duro, por beneficencia por amor al prójimo. Y eran los propios gitanos quienes les acompañaban hasta la parada del tranvía para que no les pasara nada.

Esta fue la historia real de un hospital que hoy está en peligro de muerte. Una historia que está por otra parte escrita ya por Juan Marsé. «La oscura historia de la prima Montse». Una Montse apostólica y enamorada, que la mató un desmesurado amor al prójimo.

¿Quién mató a Montse? se preguntaría un axiólogo. Y el mismo axiólogo se preguntaría quién tiene la culpa en la desaparición de este hospital de los jesuitas de la calle Vila Vilá.

## «TODO PREPARADO PARA MAÑANA»

—¿Está el doctor?, preguntamos el otro día a las once de la mañana.

—No. Marchó ya. Ha operado y lo ha dejado todo preparado para mañana.

—¿Hay algún médico con el que pueda hablar?

—No, es que después de la operación se han marchado todos.

Lo mismo que al periodista les sucedió a un joven matrimonio que iba en busca del doctor, con un niño en los brazos. Visto. Hablamos con una persona responsable del hospital. Una señora cargada de humildad y de fuerte carácter. Luego nos enteraríamos que es una de las monjas que desde hace diecisiete años trabaja en el hospital.

Los jesuitas, hace tres años, decidieron eliminar el hospital y convertir todo el edificio en colegio. La justificación es bien clara: su misión no es la hospitalaria, sino que es la enseñanza. Se eligió un patronato, formado por representantes de nueve parroquias de aquella zona (Santa Madrona, San Pedro Claver, Santa Mónica, San Agustín, etc.) con el fin de buscar un nuevo solar en el que levantar un gran hospital-dispensario. Los jesuitas ofrecieron una donación de Terrassa, sun-

que más tarde, problemas administrativos dieron al traste con la posibilidad de hacer servir aquella donación para estos fines. El plazo de dos años dado por los jesuitas ha concluido y del nuevo hospital no se sabe nada.

El presidente del Patronato, un hombre que vivió la construcción del actual hospital desde el principio nos decía:

## «NO ENCONTRAMOS EL DINERO»

—Es una zona en la que viven trescientas mil personas. Necesitan un hospital. Si no lo hace la Administración, alguien tiene que hacerlo. Pero no encontramos el dinero.

El hombre ofrece varias soluciones, entre la que no excluye levantar un hospital entre varios accionistas, a título particular. De momento, el problema es el dinero.

Los médicos, por su parte, alegan que el Hospital de San Pedro Claver se ha sostenido gracias a su presencia, y que en definitiva tienen derechos contrarios por esos casi veinte años de visitar benéficamente en él. Por su parte, alguna monja se muestra contraria a este parecer, e incluso denuncia el hecho de que enfermos que han sido asistidos en el hospital, en principio, luego ha ido a parar a clínicas particulares de pago, mostrándose nostálgica de la época del padre Artigas. Lo cierto es que, mientras los jesuitas no pongan en práctica su ultimátum, el Hospital de San Pedro Claver seguirá allí, en la calle Vila Vilá, con sus dos quirófanos, sus veintiocho camas, sus cuatro monjas y varias enfermeras y sus varias docenas de médicos, jefes de servicio, etc. ¿Cuántos? Unos sesenta según nuestras noticias,

que imparten esta medicina benéfica de las tres horas semanales.

## LAS PRIMAS MONTSE, MURIERON

Más de sesenta médicos, para veintiocho camas. La beneficencia hace tiempo que murió como fórmula eficaz de impartir la medicina. El enfermo —por el mero hecho de serlo— contra el derecho a ser asistido. Pero esas cosas hay que legislarlas. Durante mucho tiempo la beneficencia hospitalaria ha servido para esconder y retrasar —como antes otras cosas— la posibilidad de realizar una medicina hospitalaria de equipo eficaz, y en algún caso, para aumentar simplemente el prestigio de un doctor.

Un hospital que cumplió debido servicio en la época en que almas anímasas como las del padre Artigas habían rodearse de buenas familias con ansias apostólico-humanitarias e intentaban suplir la nula estructura sanitaria del país con su esfuerzo. Una época en que la diferencia entre la medicina de los ricos y la medicina de los pobres no hacía la susceptibilidad de casi nadie. Hoy las cosas han cambiado. Pocas primas Montse quedan. Muriéron ya. Como la Montse de la novela de Marsé. Y casi todo el mundo sabe que el porvenir de la auténtica medicina está en la creación de una red sanitaria coherente, donde se pueda realizar una medicina hospitalaria y de equipo que resulte eficaz, en que el enfermo se encuentre asistido, no por almas caritativas y humanitarias, sino profesionales en el estricto sentido de la palabra.

Josep M. SORIA

## UN CENTRO SANITARIO BENEFICO

# Los médicos quieren resucitar el «SAN PEDRO CLAVER»

«Nosotros acudiremos al hospital mientras haya enfermos que acudan a visitarse», dice el director, doctor J. M. Bartrina

Recordarán nuestros lectores que un día informábamos de «la oscura historia de un centro hospitalario levantado por almas caritativas», el San Pedro Claver. Este título «robado» de la novela de Juan Marsé, nos centraba el tema de un hospital levantado en la falda de la montaña de Montjuic con cuarenta mil pesetas donadas por un sacerdote belga al padre Artigas, jesuita, y que siguió viviendo y creciendo a expensas de un grupo de almas caritativas, tanto médicos como particulares. Hace cosa de tres años, la Compañía de Jesús decidió terminar con el centro para convertirlo en colegio. Sin embargo, los médicos continuaron asistiendo y de aquella desaparición no se ha sabido nada. La existencia del hospital de San Pedro Claver, pues, estaba y está pendiente de un hilo. Hablábamos entonces de «ciertas tensiones» existentes entre los médicos. Estos quieren continuar la obra de San Pedro Claver, donde sea. Se nombró un patronato que buscara un solar para la construcción del nuevo hospital. Sin embargo, las cosas se pusieron cada día más difíciles, y por el momento de nuevo solar no hay nada, y siguen en el viejo.

Nuestro artículo —se publicó el 24 de noviembre del pasado año—, levantó suspicacias. El hecho de que anunciáramos la desaparición de un hospital cuando había un grupo de gente empeñada en resucitarlo, provocó la dimisión del presidente del Patronato y toda la estructura hospitalario-caritativa se tambaleó.

### CUMPLIR UNA FUNCION

Ahora, pues, es momento de hablar del tema a través de la persona del director del Hospital, doctor J. M. Bartrina Calvo, urólogo. Nuestra cuestión fundamental fue la siguiente: conocemos las deficiencias del S. O. E. en materia hospitalaria; sin embargo, creemos que la existencia de un hospital fundamentalmente caritativo no sólo no resuelve nada, sino que incluso la agrava.

—¿Por qué proseguir con una institución que creemos de carácter regrealvo?

—Efectivamente, el S.O.E. no cubre a todos los españoles. Hay un contingente importante de personas —especialmente ancianos— que no están cubiertos por el S.O.E. y que vienen a visitarse al San Pedro Claver. En un hospital normal, la visita les cuesta tan cara como en una clínica privada. Esta es la razón por la que creemos que el hospital sigue siendo necesario. Hace veinte años que funciona y tenemos archivadas más de sesenta mil fichas. Actualmente se efectúan veinticinco mil visitas al año. El S.O.E. está falto de camas, y para operarse es preciso hacer cola. La gente, naturalmente en estos casos, no tiene paciencia y viene a nuestro hospital. Este cumple, pues, una función eminentemente social y por el momento necesaria.

—¿Quiere decir que la situación no ha cambiado desde el inicio del hospital?

—Más que cambiar se ha transformado. Si no recuerdo

mal, en aquella época había en Montjuic más de veinticinco mil almas —lo sé por las cartillas de racionamiento—. Ahora se ha transformado en este cupo de gente, jubilados y ancianos, de los que le hablaba más arriba. La gente viene al hospital porque «me han dicho que aquí lo hacen muy bien». Son los médicos los que crean la fama del hospital.

### LABOR DE EQUIPO

—Sin embargo, nos es difícil entender una medicina hospitalaria que no se base en una labor de equipo. ¿Es posible en un hospital de carácter benéfico?

—Dentro de nuestras posibilidades se hace una labor de equipo. Gracias a ello hemos podido resolver no pocos problemas. Ahora bien, ciertamente faltan muchas cosas que, por otra parte, es natural que no estén, porque no es este nuestro objetivo. Me explicaré. La sanidad en Barcelona debería estar estructurada a través de hospitales de distrito que desarrollarían una cirugía normal y el gran hospital, donde se llevaría a cabo la gran cirugía y la superespecialización. Comprar un aparato de diez millones de pesetas para usarlo una vez al mes no sería rentable. Esto debe estar en los grandes hospitales.

—¿Cuándo es rentable un centro hospitalario de carácter benéfico?

—Ahí está nuestro caballo de batalla. Es difícil mantener un hospital de carácter benéfico. El hospital cobra unos precios ridículos. Cuatro mil pesetas por una operación importante. Las estancias varían entre las cien y las ciento veinticinco diarias. Claro, estos precios cogen a un sector importante de gente. Aunque el que no pueda pagar, efectivamente, no paga.

—¿Qué cobran los médicos?

—Nada. Allí hay médicos de categoría que tienen sus propios servicios, y no sacan del hospital ni un provecho material ni científico; pero vienen voluntariamente.

### HASTA QUE NO QUEDEN ENFERMOS

—Si no sacan nada, ¿por qué lo defienden a ultranza?

—Cuando usted lleve veinte años en TELE/EXPRES y quizás se gane la vida en otro sitio, lo defenderá como nosotros defendemos el hospital. Le tenemos cariño y nos molesta que lo intenten cerrar. Cuando apareció su artículo los médicos nos reunimos y decidimos que mientras quedara un enfermo, seguiríamos asistiendo en el hospital. Esta es una cosa innata en nuestra profesión.

Esta es pues la opinión de unos médicos que siguen prestando servicios benéficos, y que quieren seguir prestandolos.

Josep M. SORIA

4/1/1972 Tele/Expres